

Nota previa. Este mes se cumple el 75 aniversario del triunfo electoral del Frente Popular en el Estado español. Se trata de un evento sobre el que la Fundació Andreu Nin de Barcelona pretende realizar una pequeña campaña, con la edición de textos y artículos, y con actos como el que tendrá lugar el próximo día 16 de febrero —el mismo día de las elecciones— en la Biblioteca Andreu Nin y con la presencia de Ferran Aïsa, Toni Doménech y Pepe Gutiérrez-Álvarez.

José Luis Arenillas

¿Qué es el Frente Popular? (1)

«Yo no creo en las dictaduras —contesta el señor Azaña—. Reconozco la necesidad de un Poder fuerte y autoritario; pero soy liberal y mi tarea ha de ser conciliar los intereses opuestos.» (Declaraciones de Azaña a un periodista polaco.)

Declaraciones de esta naturaleza, hechas justamente cuando comunistas oficiales y socialistas afirman la necesidad de prorrogar el crédito de confianza abierto por ellos al Gobierno Azaña, confirman lo acertado de nuestros puntos de vista sobre el Frente Popular. El señor Azaña reconoce la necesidad de un Poder fuerte y autoritario con el fin de conciliar los intereses antagónicos del capital y el trabajo. No puede pedirse más claridad a un político en la exposición de sus intenciones. Pero, ¿en beneficio de quién, de qué grupo de intereses, de qué clase ha de ejercerse ese poder? Aquí radica el meollo de la cuestión.

Los trabajadores han de ver con sus propios ojos que no ha de ser, precisamente, en su provecho. Ni se derogarán las leyes antiobreras que facilitan el advenimiento del fascismo; ni el paro será resuelto; ni las tierras entregadas gratuitamente a quienes las riegan con el sudor de su frente; ni resuelto el problema de las nacionalidades ibéricas; ni el hambre que sufren las masas laboriosas, ni la justicia social que anhelan se verán satisfechas bajo su mandato. Y si no ha de ser en provecho de las clases productoras, ¿en interés de quién ha de obrar ese Poder? Las masas sentirán bien pronto contra quien se ejercerá ese Poder y a quién se impondrá esa autoridad necesaria.

El jefe del Gobierno es un político liberal que nunca dice más de lo que debe, y su acción gubernamental tiende, naturalmente, a conciliar lo irreconciliable: los intereses del proletariado y de los campesinos, con los del capitalismo y la propiedad privada sobre la tierra y los medios de producción y cambio, y a mantener por la fuerza represiva del Estado burgués las relaciones sociales que de este hecho se derivan. Esto es, que impondrá su autoridad para sostener la inhumanidad de la sujeción económica, la explotación del hombre por el hombre y la injusticia social. Tampoco cabía esperar otra cosa de un político burgués que al reconocer la necesidad de un Poder fuerte y autoritario, no hace sino traducir los deseos de su clase por instaurar una dictadura burguesa abierta y descarada. Pero lo más extraño y doloroso del caso es que colaboren a su obra los Partidos Obreros por medio de los Bloques Populares «A su lado —afirma Martínez Barrio—, *no hay clases sociales* y lo interesante es que *no rompamos esta hermandad*.» No puede estar definida con más precisión la táctica conciliadora y oportunista que los republicanos imponen a los socialistas y estalinistas con su consentimiento.

Pero nos parece yana y fuera de toda lógica la pretensión de querer suprimir la lucha de clases en la sociedad capitalista, sólo concebible en otro Político que no sea tan *realista* como el señor Azaña. Ya hemos dicho en otra ocasión que la burguesía necesita toda la victoria para sí, y que no ha renunciado a ser la clase dominante por cualquier medio que sea. Por ahora el Frente Popular es el sortilegio que ha encontrado al servicio de sus fines explotadores. Mas la lógica de la lucha de clases destruirá el Bloque Popular y acabará con los jefes «democráticos» del período mitológico que vivimos. Entonces no cabrá ese liberalismo «fuerte y autoritario», donde la burguesía precisa al fascismo como forma de gobierno. Por eso pretende que el proletariado se organice independientemente y se prepare para la conquista del poder con el auxilio de las clases medias, antes de que se cree esa atmósfera de resignación que facilita el advenimiento del fascismo.

O socialismo o fascismo. No hay otro dilema.

Carácter del Frente Popular

El Frente Popular es organismo artificioso montado sobre una base inestable y poco sólida. En él se cruzan corrientes totalmente dispares, como expresión que son de intereses de clase completamente heterogéneos, que engendran aspiraciones políticas y concepciones sociales radicalmente opuestas. Por un lado tenemos al Gobierno Azaña con sus valedores políticos, los Partidos de Izquierda y Unión Republicana que aspiran a conciliar los intereses opuestos en beneficio de la burguesía y el capital, en cuyo nombre actúan como Comité Ejecutivo que administra sus intereses de clase dominante, y a quien ofrece «la postrera coyuntura que tenemos, no sólo del desenvolvimiento pacífico y normal de la política republicana y del asentamiento definitivo del régimen republicano de España —quiero decir, definitivo, pacífico—, sino también del régimen parlamentario» (Azaña). Por otro, tenemos a los socialistas, que todo lo fían al parlamentarismo y a las elecciones como medio de alcanzar sus aspiraciones las clases trabajadoras, Y finalmente, los estalinistas, que hablan de un Gobierno obrero y campesino a la vez que practican el reformismo, la colaboración de clases, como medio de sostener a la burguesía democrática contra el «coco» fascista en acecho.

¿Cómo es posible que se sostenga esta amalgama? El mecanismo de las luchas políticas obra en este sentido. «En nuestra época —afirmaba Lenin en 1916—, no se sabe pasar de las elecciones; en la época de la imprenta y del parlamentarismo, las masas no se dejan guiar sin un sistema grandemente ramificado, metódicamente aplicado, sólidamente provisto de halagos, de mentiras, de trampas, de farsanterías inculcadas a golpes de palabras a la moda y de fórmulas populares, sin prometer a derecha e izquierda toda suerte de reformas y mejoras para los obreros, con la sola condición de que renuncien a la lucha revolucionaria contra la burguesía. Yo llamo a este sistema lloydgeorgismo, del nombre del ministro inglés Lloyd George, uno de los defensores más avanzados y más hábiles del país clásico del «partido obrero burgués». En esta táctica socialoportunista han caído nuestros estalinistas y socialistas, y refleja la ideología pequeño-burguesa que domina al movimiento obrero orientado por ellos, y en particular, en sus dirigentes, que no desaparecerá como tal tendencia, en tanto no haya triunfado la revolución democrático-socialista

Porque son los jefes de los partidos de «izquierda», sin excepción, quienes mantienen la estabilidad del Bloque Popular por coincidir todos en sus raíces históricas pequeño-burguesas. Las masas no sienten la necesidad del Bloque, ni se conforman con esta amalgama que va contra sus intereses. Esta idea del Frente Popular, en Oposición al Frente Único Obrero que ellas sienten y desean, es una concepción que en el fondo responde a las aspiraciones de la pequeña burguesía de acaparar toda la victoria para sí, una vez conseguido el triunfo por la acción decisiva del proletariado contra la propiedad territorial y el capital financiero coaligados, Por no romper con las clases medias, y por no saber cómo atraerlas a la causa de la revolución proletaria, los jefes socialistas y estalinistas se han diluido en su seno, impregnándose de sus concepciones y confundiendo con ellas. He aquí por qué reclaman calma de las masas, «para que los hombres de la República puedan cumplir el programa del Frente Popular, en nombre de los intereses de la mayoría del pueblo español». «Nosotros no presionaremos al Gobierno» dice Prieto. Y los estalinistas se suman a esta actitud ampliando el crédito de confianza por todo el tiempo que sea necesario.

Cómo atraer a las clases medias

La pequeña burguesía siente, efectivamente, repugnancia por las revueltas y los desórdenes en que se ve envuelta la sociedad moderna. Ansía un régimen de orden y autoridad, donde los conflictos sociales no tengan acogida. Considera que los jefes políticos provocan la lucha de clases en interés de sus partidos respectivos y por eso desea la supresión de todos ellos y la constitución de un partido único que responda al concepto totalitario del capitalismo de Estado, por otro nombre llamado Estado Nacional, con el fin de conciliar los intereses opuestos.

Tal es el significado de las manifestaciones hechas por Martínez Barrios y Azaña, en sus pretensiones de armonizar los intereses encontrados por medio de un Poder fuerte y autoritario que coarte la libertad de la opinión pública y el respeto a los derechos tradicionales, esto es, lo que se llama liberalismo, «por la creciente actividad interventora del Estado en la regulación de los problemas de la producción y del trabajo» (Azaña). Para todo esto cuenta con la garantía del apoyo que le presta el Frente Popular como organismo único que representa la totalidad de los intereses del pueblo español. En su afán de mando, se sienten respaldados por los partidos

del Frente Popular, sin cuya existencia «todo se hunde», y sus deseos se verían colmados «cuando el mismo Gil Robles se convierta en azañista» (Azaña), y las propias derechas se incorporen al Bloque reconociendo el régimen republicano, que es la única coyuntura que les queda.

Pero el desorden y las revueltas son reflejos Políticos y sociales del caos económico que reina en la sociedad contemporánea como resultado de la anarquía del sistema capitalista de producción. La pequeña burguesía cree que basta controlar el sistema capitalista desde el Poder para corregir y evitar todos los males que engendra. Pero los controladores resultan al fin controlados y terminan por obrar en función del capital. Sólo destruyendo este régimen, que descansa en la propiedad privada de los medios de producción y cambio, es como desaparecerá el caos y todos los conflictos que provoca. Esto hemos de hacerlo comprender bien claro a la pequeña burguesía para atraerla a nuestra causa. Sólo el socialismo es capaz de poner orden en el régimen económico, dirigiéndolo y controlándolo con arreglo a las necesidades de la colectividad.

El capitalismo es el caos social y la anarquía económica. El socialismo es el orden, la economía basada en un plan estipulado conforme a las necesidades de la sociedad. El capitalismo es la falta de autoridad que descansa sobre el libre arbitrio siempre que se disponga de capital. El socialismo es la exaltación de los valores humanos del individuo, fecundados por el sentido colectivo, y aplicados al servicio de la sociedad, que es la suprema autoridad. Para la humanidad no hay más solución que el socialismo y la dictadura del proletariado, que gozará en el seno de las clases medias de la influencia que haya conquistado la clase obrera con su trabajo de organización, con su acción espiritual y con su autoridad.

No será, pues, yendo hacia las clases medias como lograremos su conquista, sino atrayéndolas hacia nosotros. Necesitamos su ayuda para realizar el socialismo. Pero en esta petición han de ver la seguridad de una solución eficaz a sus problemas por medio de la revolución democrático-socialista. No será sosteniendo a los Gobiernos que dicen representar sus intereses como lograremos la conquista de la pequeña burguesía, sino organizándola bajo un programa de reivindicaciones concretas que dé satisfacción a sus necesidades inmediatas.

La pequeña burguesía y los campesinos son incapaces de observar una política independiente, tanto respecto a la burguesía como respecto al proletariado. O bien marchan detrás de la burguesía, dirigidos por las capas superiores y los intelectuales pequeño-burgueses, o, bajo la dirección de los semiproletarios y proletarios del campo, marchan tras el proletariado industrial. Por eso entendemos que mediante una acción socialista inteligente, encaminada a formar la conciencia de las masas populares, hay que recoger a la pequeña burguesía de la ciudad y del campo entre los pliegues de la bandera roja, para romper juntos los viejos moldes de las relaciones sociales que se oponen al desarrollo ulterior de la sociedad. A este resultado se llega incorporándolas a un programa que, como es lógico, debe comprender a la vez todos aquellos problemas que afecten a la mayoría de la población, o sea, a la colectividad, con exclusión de los exploradores, y que ya no pueden ser resueltos sin «expropiar a los expropiadores». Precisamente, de esta realidad histórica, que está en el centro de las preocupaciones actuales, arranca la comunidad de intereses de las clases populares.

Pero una cosa es la coalición entre las clases, que arranca de esa comunidad de intereses, y otra es la coalición de los partidos pequeño-burgueses con los partidos del proletariado. Una cosa es la coalición entre la pequeña burguesía y el proletariado, y otra el Bloque Popular. En el terreno político es indispensable aislar a la pequeña burguesía de sus partidos representativos que han traicionado sus intereses desde abril del 31 hasta la fecha, pasando por las jornadas de octubre. Es conveniente y necesario precipitar la ruptura del Bloque Popular y la descomposición de los partidos pequeño-burgueses, desenmascarando a sus jefes, y poniendo de manifiesto sus verdaderas intenciones como agentes de un sistema económico que históricamente tiende a desaparecer y que ellos se empeñan en galvanizar. Es evidente que para desenmascarar a Martínez Barrios y a Azaña no precisamos de grandes esfuerzos. Ellos mismos se desenmascaran con sus afirmaciones frecuentes de fe en la política burguesa. Pero hay otros, los reformistas, de todo linaje, a quienes hemos de desenmascarar en interés del movimiento obrero.

Hay que desenmascarar a unos y otros como instrumentos que han servido, y le están sirviendo, a la burguesía cuando ésta ha necesitado de la democracia para asegurar su dominación de clase. Porque, como afirmó Lenin, «cuando todos los grupos intermedios, vacilantes, inseguros, perplejos, es decir, la pequeña burguesía, la democracia pequeño-burguesa, que no debe confundirse con la burguesía, estén suficientemente desacreditados

ante el pueblo por el fracaso práctico de su política, cuando tal ocurra, habrá llegado la hora de la revolución». ¡Qué pronto se olvidan estas grandes enseñanzas estratégicas por quienes se dicen sus más fieles discípulos! «La alianza con los vacilantes —añadía— debilitará la presión de las masas y reforzará las oscilaciones.» ¿Puede haber alguna duda sobre este particular, después de todas las muy recientes experiencias vividas? ¿No estamos comprobando a través de los Bloques Populares esta depresión de las masas?

Si las clases medias se dejan seducir por estos políticos pequeño burgueses si se dejan deslumbrar por estas personalidades que poseen todas las costumbres del intelectual burgués, es porque, como dice Trotski, «la pequeña burguesía inferior, sus grandes masas, no ve en los partidos obreros otra cosa que máquinas parlamentarias; no creen en la fuerza de los partidos obreros; no creen que sean capaces de luchar, que estén prestos a llevar esta vez la lucha hasta el final». Hay que dar, pues, sensación de fortaleza, de independencia y seriedad en nuestros actos, mostrando la voluntad de luchar hasta el fin ante vez recuperada su independencia, el proletariado tiene que disponerse a cargar con el Poder en un porvenir que auguramos próximo. De lo contrario el fascismo aplastará al proletariado. La clase obrera ha de organizarse y organizar a sus fuerzas auxiliares. Tiene que crear sus instrumentos propios de acción, que mañana serán sus instrumentos de gobierno. Ha de crear y reforzar las Alianzas Obreras. Tiene que lograr la unidad sindical, Y tiene que forjar su partido revolucionario, que le guiará en el camino del triunfo final. Tales son las armas que forjarán la victoria obrera de mañana.

Hacia un desenlace revolucionario

El Gobierno Azaña se encuentra en un callejón sin salida. Ligado a los intereses del capital, éste le fuerza a defender sus ganancias y las de sus aliados. Pero, surgido el Bloque Popular, se encuentra bajo la presión de las masas hambrientas, que exigen soluciones radicales y rápidas a sus problemas angustiosos. No podemos decir que ha sido largo en palabras. Ha sido parco en palabras y corto en hechos. Sin embargo, ya se encargan sus aliados, los estalinistas y socialistas, de hablar y prometer todo lo posible, mientras que él cumple lo menos posible, retirando con una mano las concesiones que hace con la otra. Lo que precisa es ganar tiempo para poder implantar ese poder fuerte y autoritario. Pero es incapaz de desprenderse de las garras de la crisis mundial y de todos los males que engendra, aunque pretenda controlar a los Bancos y al gran capital. Esto sólo puede hacerse recurriendo a medidas revolucionarias que le destruirían, y que sólo el proletariado es capaz de poner en práctica en interés de la mayoría de la población.

Frente a esta situación es necesario emplear todos los recursos que consiente la acción revolucionaria de la clase obrera. No se trata de poner en práctica tal o cual opinión, tal o cual idea política. Tratase de saber penetrar en los derroteros del movimiento obrero, y esto sólo se consigue luchando todos los días y pulsando a todas las horas la situación del proceso revolucionario que vivimos, por medio de los organismos de frente único, de las Alianzas Obreras, y por el partido revolucionario de la clase obrera que se está fraguando a través de las luchas parciales en presencia.

--(1) Este texto de José Luis Arenillas fue publicado en la revista del POUM, Nueva Era, fue de la 2ª época, concretamente en número 4, aparecido en mayo de 1936 . José Lis fue médico de una cooperativa de pescadores de Bilbao y uno de los dirigentes de la Izquierda Comunista de España en Euskadi. Autor de varios ensayos sobre la cuestión nacional vasca, colaborador de *La Batalla*. Miembro del Comité Central del POUM, organizador de la primera columna de milicias salida de Bilbao en el 36. Jefe de sanidad militar del ejército de Euskadi, y posteriormente del ejército del Norte. Es hecho prisionero por las tropas franquistas el 26 de agosto del 37, transferido a Bilbao y ejecutado...Entre las actividades previstas por la Fundació Andre Nin, se encuentra la edición ampliada de los escritos suyos y de su hermano José María, y que aparecieron en la editorial Fontamara, Barcelona, 1981, y que correría a cargo de Pelai Pagès, que ya lo había hecho con la anterior edición.